

MI HISTORIA

Mayra Lizeth Tapia Gaxiola

Empiezo a recordar el pasado desde el año 1975, cuando vivía al lado de mi abuela. Puedo decir que mi infancia fue muy feliz, aunque hubo momentos que marcaron para siempre mi vida. Mi familia era muy unida, con una estabilidad económica media; mi padre, muy trabajador. Soy la mayor de cinco hijos y la responsabilidad era muy grande, pues tenía que poner el ejemplo a mis hermanos y hermanas. Siempre recayó todo sobre mí, fue un trauma.

Mi niñez en casa de mamá grande, mi abuela, fue feliz, pero al pasar los días, me empezó a dar miedo de que llegara la noche.

En esa casa vivíamos cinco personas: mi abuela, mis tres tíos y yo; dos tíos hombres eran alcohólicos. Recuerdo que en las noches me tapaba de pies a cabeza y, de pronto, escuchaba unos pasos que se iban acercando poco a poco a mi cama. ¡Nadie escuchaba nada! Volvía a sentir esas manos grandes, que me tocaban poco a poco, ese respirar agitado y el olor a alcohol cerca de mi pequeña nariz. Yo quería gritar, empezaba a temblar, pero una mano apretaba mi pequeña boca y los gritos eran hacia mi interior. No podía moverme. No recuerdo cuántas noches sufrí lo mismo, y a cada instante me hacía la misma pregunta. ¿Por qué mis papás no me llevaron a vivir con ellos? ¿Por qué me dejaron con mi abuela? ¿Era malo lo que mi tío hacía conmigo? Conforme fueron pasando los años, supe que a eso se le llamaba “acoso sexual”; por lo menos no llegó a violación.

Cuando mi tío murió, la verdad, no me dio tristeza, pues por su culpa crecí con resentimientos y amargura, aunque fui buena estudiante.

Mis padres compraron por fin una casa en Hermosillo, en una colonia del sur, y me sentía un poco rara al estar a su lado. No hubo nunca la suficiente confianza entre mi madre y yo para que me explicara todas las dudas que se habían ido acumulando en mi mente con el paso de los años.

Cuando era adolescente, quería comerme el mundo de un solo bocado, salía a fiestas, casi siempre familiares, y quería saberlo todo.

En mi familia nunca hubo ninguna clase de violencia ni drogas ni pleitos entre mis padres, pero sí muchas fiestas donde acostumbraba tomar alcohol; creía que era normal. Así empecé a beber, pues jugando abría las cervezas a mis padres y les daba unos tragos. De ahí surgió la euforia, la alegría, las ganas de bailar. La familia festejaba conmigo cada ocurrencia que salía de mi boca.

Pasó el tiempo y anduve de novia en la secundaria. Como no tenía ni horarios ni reglas en mi casa, siempre conté con una gran cantidad de amigos y amigas, y si queríamos fiesta, en mi casa se hacían y duraban hasta la madrugada, pues mis papás preferían que deshiciera en casa a que anduviera en la calle. Recuerdo que, según yo, estaba enamorada de mi novio. Llegó el momento en que, al tocar sus manos, brazos y cuerpo, quise experimentar más. De esa noche de pasión surgió un embarazo. Tenía diecisiete años, apenas empezaba a sobresalir en mis estudios y, como yo no quería para toda la vida a ese muchacho, dudé en casarme con él.

Cuando tenía siete meses de embarazo, y por la presión de mis padres y de mi pareja, me tuve que casar por el civil, pero no quería estar encerrada en mi casa toda la vida, así que, cuando tuve a mi primera hija, empecé a trabajar.

Pasó el tiempo, llegaron otros dos hijos, pero mi relación con mi marido era cada día más distante. Él en su trabajo y yo en el mío;

él entraba por una puerta y yo salía por otra. Después de nueve años, ¡divorcio! Todo se acabó, y empezó para mí la libertad, ¿o libertinaje? Fiestas, alcohol y droga... Tenía todo, trabajo, dinero, y la libertad de hacer lo que me viniera en gana; fui cayendo poco a poco en la adicción al alcohol y a la cocaína. Rendía todo el día trabajando, pero bien drogada. Me fui alejando de mis hijos, de mi familia. Después de seis años de estar divorciada, salí nuevamente embarazada, me fui a vivir con el muchacho y conocí una nueva droga, el “cristal”. Caí en las garras de ese maldito vicio y todo se me hacía fácil; no dormía en cuatro o cinco días, me sentía jovial. Yo decía que no era una adicta, porque había dejado la cocaína, pero caí en otro vicio peor.

Después de estar rodeada de tanta gente, llegaba la noche y sentía que me vigilaban; ese delirio de persecución fue un trauma muy grande. Pensaba que todo mundo quería hacerme daño, desconfiaba hasta de mi familia y empecé a dejar de ir a la casa de mis padres por semanas, no contestaba el teléfono, me encerraba junto con mi hija y no quería ver a mi pareja. Por esa desesperación intenté quitarme la vida, me corté las venas. Vi que de mis muñecas surgían borbotones de sangre y cada vez me sentía más débil. Vi a mi hija de tres años dormida, con esa carita tan inocente, esperando que llegara la mañana para darle un beso a su mamá. Yo estaba en un rincón de mi recámara y no sé qué pasó, pero fue como si alguien me guiara al baño a lavarme las heridas. Después fui a la cocina, tomé la bolsa de sal y empapé mis muñecas. No sé de dónde surgió esa idea, pero era como si una fuerza extraña me guiara a seguir cada paso. La sangre dejó de salir.

Mi casa poco a poco se convirtió en un centro de refugio por donde desfiló un sinnúmero de “amigos y amigas” para pedir posada, hasta que un día llegó la Federal y nos trajeron al Cereso 1, a mí y a mi pareja. Después de un año ocho meses de estar encerrada, me voy libre, absuelta por falta de pruebas; mi pareja se queda a purgar una pena de cinco años por delito federal.

¡La libré! No lo podía creer, nuevamente podía caminar hasta cansarme; recorrí las calles de mi colonia, sentía el “gusanito” en mi estómago, la droga a montones. Volví a caer en la drogadicción, pero, como dicen, ilas recaídas son las peores!, y lo comprobé. Ahora no sólo consumía el cristal, sino que aprendí a cocinarlo; era como descubrir un secreto prohibido. Todo me salía tan perfecto, día tras día, vicio, vicio, fiesta, fiesta, ¿eso era la libertad?

Una mañana volteé a ver a mi hija, ya con ocho años, y me di cuenta de que en su rostro no había ningún rastro de alegría, no tenía entusiasmo para ir a las piñatas ni a jugar con sus amigos. Me di cuenta de que el dinero, ropa y juguetes no lo eran todo. Ella vivía al pendiente de su madre; era mi sombra, no se me despegaba ni un instante, vivía para mí y también moría poco a poco junto a mí. Fue como despertar de un sueño y dije: “¡Basta!”

Me fui de esa colonia del norte de Hermosillo, pues además de que la pareja que tenía en esos momentos estaba preso, no quise cargar con culpas ajenas. La niña se quedó en casa de mis padres. Empecé como “judío errante” (de un lado a otro) a buscar el dinero fácil, pero no de prostituta. Mi sueño era poner un negocio de comida, que mis padres vieran que podía hacer algo por mí misma.

Salió mi hermano del Cereso y rentamos una casa al sur de Hermosillo; empezamos a batallar. Él hacía trabajos, lo que le ofrecieran, y yo en la casa, pero seguía drogándome. Empezaron a frecuentarme los “amigos” de años pasados; eso se hizo costumbre, más los fines de semana, ya que todos, o la mayoría, recibían la paga de su trabajo los sábados. Llegaban muy bañados a mi casa para tomarse unas cervezas o hacer la carne asada, al fin que se sentían en confianza; pero un día, “el trágico”, yo no me encontraba en la casa, andaba a unas cuadras de ahí. Se suscitó una pelea entre cuatro personas en unos cuartos vacíos destinados a la cenaduría. Hubo riña, sangre, muerte. Ahí un amigo asesinó a otro amigo. Yo volví al Cereso 1 por cómplice de homicidio. ¿Cuál? Yo no vi los rastros de sangre, ¿en qué momento? El muerto me

decía “mamá” de cariño. Por no haber avisado a las autoridades cuando comenzó el pleito y por ser dueña de la casa en renta, por no haber delatado al amigo que cometió el homicidio, purgo una condena de nueve años seis meses, al igual que el que viene confeso. Es cuando vuelvo a preguntarme: ¿cuándo le quité la vida a un ser humano?

Desgraciadamente existe mucha impunidad y corrupción, pues la sorpresa que me llevé es que el encargado del caso de homicidios de la PEI (Policía Estatal Investigadora) es compadre del que viene confeso en mi problema, así que los veintisiete años de sentencia que le iban a dar a mi “amigo”, el compadre le pidió al juez del Juzgado sexto de lo Común que los repartiera entre mi hermano, el confeso y yo.

Tengo la fortaleza y la fe para decir que la verdad siempre gana. Hoy, estar de nueva cuenta en este lugar me ha servido para volver a nacer, para saber que valgo como ser humano, como madre, como hija y como esposa; no todo es malo. He aprendido a escuchar para ser escuchada y, lo mejor, estando en este lugar he hecho un sinnúmero de cursos. Empecé a estudiar literatura y a escribir poemas. He salido en los periódicos locales no por cometer otro delito, sino por estar haciendo cosas buenas dentro del Cereso.

En el mes de marzo de 2010 se me detectó cáncer intrauterino. Estoy luchando contra esa enfermedad y sus consecuencias para poder curarme. Siempre he dicho que Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros, y sé que tiene un buen propósito para mí. A pesar de todas las adversidades por las que he pasado, quiero demostrarle a la sociedad, en un futuro, que en este lugar hay personas que se interesan por los que estamos reclusos purgando una condena para enseñarnos a recuperar los valores que creímos perdidos. Espero que mi historia les guste y les sirva a muchas personas para que se den cuenta de que, aunque creamos que dándoles a los hijos dinero, pagamos las caricias que han deseado cada noche, la mayoría amanece con los ojos rojos

e hinchados de tanto llorar porque no se atreven a decirnos. ¿En cuánto vendemos un minuto de nuestro tiempo?

Hoy quisiera devolverles a mis hijos todos los minutos, segundos, horas, días, semanas, meses, años que no estuve a su lado. Ahora quisiera pagarles a ellos un minuto de su tiempo para cambiarlo por un gran abrazo y un beso.

Centro de Readaptación Social Femenil II
Hermosillo, Sonora